

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8676.

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION:

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 168.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 29 Septiembre 1890.

LA SEMANA ANTERIOR

El otoño coronada su frente por multitud de frondosos pámpagos, ceñido su tallo por recamada túnica guarnecida de perfumada guirnalda de hojas amarillas, ha penetrado en los flotantes palacios de la atmósfera, y recogiendo el 22 de Septiembre el cetro que aquel día abandonó el estío, se ha apresurado a tomar las primeras medidas gubernamentales para dar feliz comienzo a su reinado.

Para ello, su inteligencia previsora ha considerado como circunstancia indispensable hacernos la presentación formal de su primer ministro; y la lluvia purificando la región del aire y templando la sed de los calcinados labios de la tierra, asomó su cabeza coronada de nubes, y callada é inmóvil se puso a contemplarnos desde el cielo.

Al verla los vendimiadores lanzaron un grito de ira y de despecho, los mineros la asustaron su más torva mirada, y solo en contada granja agrícola sus moradores la acogieron gozosos con avidez y esperanza.

En cuanto a la ciudad, su reprobación fue unánime. Cartagena con sus pavimentos desnivelados, su multitud de adoquines hundidos y rotos, recordando las lagunas y lodazales de la primavera última, pareció mirar en la lluvia un conjunto tristísimo de desventuras próximas, y levantó sus miradas al sol pidiéndole protección y misericordia.

Porque para nosotros, cielo con nubes es presagio seguro de teatros sin gente, casino sin concurrencia, paseo sin mujeres hermosas; y sobre todo, de lagos sin ondinas ni nereidas en todas las calles, plazas y plazuelas de la amurallada ciudad de Asdrúbal.

Cartagena es la favorita del sol; y por un firmamento límpido y brillante y una atmósfera diáfana y transparente, da con alegría todos los eucantos de esa granizada de perlas que se llama lluvia.

El agua hace germinar la semilla en el seno fecundo de la tierra..., pero ¿qué importa? En Cartagena se aprecia más una techumbre de záfiro que un tapiz de esmeraldas, vale más una estrella que una flor, y se tiene en mayor estima un montecillo seco de tierra de nuestra sierra que la más húmeda y fresca espiga de nuestros campos.

Por supuesto, que la lluvia de la semana anterior, de la primer semana de otoño, no ha podido ser ni más modesta ni más discreta, ni más callada.

Como hacía mucho tiempo que no nos había visto, no ha querido ser inoportuna al reanudar sus visitas.

Ella ha prescindido de aparatosas nubes cenicientas, ella caía sola rumorosa y tenue durante la noche, es decir, cuando el paseo terminaba, cuando se abandonaba el círculo, cuando se cerraba el círculo; sus nubecillas eran blancas, dejando filtrar por ellas la tibbia claridad de la luna; sus gotas menudas y finas, su impresión hasta casi agradable, sin que desgarrase al cielo el zig-zag del relámpago ni retumbase el bramido horribles del trueno.

Pero apesar de todos estos encantos, la lluvia no ha encontrado en ciudad, campo, ni montes cartagineses, sino ecos de reprobación. Incomodada por tales rumores, y al ver que su aparición como primer ministro del otoño no producía efecto, se acercó a su rey y le presentó su dimisión.

El joven monarca quedó anonadado. Un Septiembre sin agua, un Octubre seco y un Noviembre sin nubes, son tres meses aborrecidos y malditos por todos los consumidores de pan.

—Por piedad!—le dijo a la lluvia,—retírate dimisión.

—Imposible!—respondió su interlocutora,—el pueblo murmurará de mí; los vendimiadores me aborrecen, los mineros me detestan, la ciudad me odia.

—Pero mujer...

—Nada digas, señor; mi resolución es irrevocable. Lo único que puedo hacer es no formular para el porvenir el voto de un alejamiento eterno. Ya volveré...

—Cuándo?—preguntó ansiosamente el otoño.

—Iba a decir cuando la *philoxera* desvastase los viñedos y la esterilidad agotase las entrañas aun fecundas de la sierra, pero esta sería una condición horrible. Volveré cuando la ciudad esté bien pavimentada, todas las aceras sean de cemento; las vertientes, entradas y salidas de las aguas estén bien dispuestas, y cuando no existan basuras, escombros y otras zarandajas que al confundirse conmigo formen inmundos lodazales, volveré cuando no haya baches, simas ni hondonadas en la vía pública, volveré...

—Ay de mí!—la interrumpió el otoño con amargo desconsuelo,—no volverás nunca. Más fácil que eso sería hallar una mosca blanca y escribir sobre el mar. ¡En cuanto haya compostura, higiene, limpieza, arreglo en la ciudad! Diremos como los musulmanes: ¡estaba escrito! Me parece, si Dios no lo remedia, que Cartagena va a estar siempre más seca que un espárrago.

Con estas intermitencias de sol ó de luna y de lluvias y rocíos, la semana se ha deslizado tan mansa y tranquila como barquilla sobre apacibles y rizadas ondas.

Y no es porque no exista marejada, pues a decir verdad, hay mar gruesa y de fondo, aunque otra cosa parezca en la superficie.

Nos irritan las cosas de la tierra y nos sublevan las cosas de la mar.

Y como ya hemos indicado que la superficie está tranquila, y que la marejada es de fondo, dicho se está que hablamos de algo que no se dice sino que se murmura en la tierra, y de otro algo que pasó por debajo del mar y que se pretende que ya no pase más por el interior de las olas.

Se dice... esto es, se murmura que hay uno... dos... cuatro... ocho... doce... ¡qué se yo! muchos personajes, personas y personillas, que nos dispensan el alto honor (sic) de representarnos en Cortes.

Tenemos por tanto aspirantes a diputados para todos los matices, tintas, líneas, puntos y colores que la política ha tenido, tiene y pueda tener en su paleta; los hay ricos y pobres, con título académico y sin título académico, hijos del país y cuneros, aristócratas, demócratas, burócratas y genócratas.

Va a venir Sagasta, va a venir López Puigcerver, va a venir Salmerón, va a venir... la mar de gente de campanillas.

Desde que murió el general Cassola, somos, según dicen algunos, un feudo vacante, una tribu sin cacique. De aquí que siendo Cartagena topográficamente parecida a una sartén, muchos quieren tener esta sartén por el mango.

Pero ¡quién!

Hasta ahora los sarteneros que se presentan, son de muy pocos bríos y de muy escasa talla.

La ciudad tiene, según la ley, opinión a

elegir tres diputados, ó lo que es lo mismo, tenemos triple voz y triple voto en la Cámara popular.

El triple voto se lo han llevado siempre el Gobierno ó las oposiciones. En cuanto a la triple voz...

Oh! Esa no se la ha llevado nadie; está todavía en período de génesis; nuestros diputados han pertenecido siempre al montón anónimo, han sido diputados de sí ó de no, y aun muchas veces hemos dudado si sabrían pronunciar estos monosílabos.

Lo que ellos dirán para el torro de su levita:

—Discursitos yo? Para qué? Para desacreditarme? ¡Nunca en mis días! Y además, ¿qué necesidades tiene Cartagena? Saneamiento...? Ensanche...? Obras públicas, ferrocarriles, carreteras...? Bah! Bah! ¿No tienen prensa? ¡Pues que griten en ella! Todos esos son intereses locales, puramente locales. El Congreso está por cima de todo eso, y yo como diputado, estoy por cima también. Que se agiten ellos, que celebren *meetings*, que vengan comisiones.... Otros pueblos lo hacen, se mueven, pero allí, allí parece que no existen en la vida moderna. Cartagena es indolente como una odaliscas. Y aun dicen que no sirvo yo? Ellos son los que no sirven para nada.

Desgraciadamente el hecho se ha repetido tanto, que ya todos nos conocemos, ellos y nosotros.

Así es que hoy cuando se anuncia un nuevo candidato, todo el mundo dice:

—Ese...? Ese diputado? Para qué? Basta ya de diputados de silencio y sin humo.

El dictamen del Consejo superior de la Marina sobre Peral y su submarino, ha exaltado los ánimos, y unido más los lazos de este pueblo al ilustre inventor, pero no ha sorprendido a nadie.

Se esperaba.

Ha sido la reproducción histórica de Colón ante el claustro de Salamanca, la reprise del primer acto de la «Africana», donde Vasco de Gama es condenado por el concilio.

Ahora existe otra cosa que se espera también, y se sabe de antemano: el final de todo esto.

Se descubrió América apesar de las eminencias salmantinas.

Triunfó Vasco de Gama de todas las eminencias portuguesas.

Peral puede estar tranquilo.

¿No cruzó ya el submarino por bajo de las olas de la bahía de Cádiz?

Pues más tarde ó más temprano, el submarino tornará a sumergirse, para que así como Franklin dominó el rayo, Fulton el vapor y Montgolfier el aire, Peral abra a la humanidad el desconocido imperio del interior de los mares.

K

ECOS DE MADRID

28 Septiembre de 1890.

Los casos de locura siguen en Madrid haciendo una triste competencia a la epidemia variolosa, y no digo a la cólera, porque afortunadamente vamos librándonos de esta nueva calamidad. Esta semana se ha consumado otro crimen por un joven loco de amor y mal correspondido. Las pobres mujeres van a tener que andar con mucho tiesto antes de dar al dulce sí; y hasta las que se hallen más dispuestas a pronunciar el monosílabo negativo, si deben a la Naturaleza encantos extraordina-

rios, ó han de vivir encerradas para que los Tenorios no las vean, ó han de buscar en los secretos del tocador el medio de afearse, ó sea todo lo contrario de lo que hasta ahora ha sucedido. Y digo esto, porque a juzgar por los ejemplos que registra la crónica contemporánea, los enamorados, si son correspondidos, matan para que su amada no se quede en el mundo cuando ellos resuelven levantarse la tapa de los sesos, como hizo el soldado de la calle del Salvador; y si no lo son, matan también para que ningún otro feliz mortal disfrute de las venturas que ellos no alcanzan, como ha hecho anteayer el joven guarnicionero que asesinó a la pobre muchacha que se negó a tener relaciones con él.

En otros tiempos estos accesos de locura sólo ocurrían en la primavera. Ahora suceden en todas las estaciones, y por lo visto el contagio llega hasta las más tranquilas y modestas poblaciones. Ahí está Sigüenza que no me dejará mentir. Allí vivía un matrimonio con tres hijos pequeños. Sin duda los pequeñuelos, que son por regla general el encanto de la familia, eran para el marido y la mujer a quienes aludó, una carga pesada. Aspiraban a verse solos y libres, y no vacilaron en ser parricidas. ¿Puede darse mayor barbarie?

¿Y donde me dejan ustedes al prójimo que poco aficionado a las patatas, al ver una cazuela del sabroso y socorrido tubérculo, no encontró mejor medio de demostrar su desagrado que dispararle un pistoletazo?

Una señora está dirigiendo estos días cartas a los empresarios de los teatros de Madrid, pidiéndoles por el amor de Dios que sirvan al público los espectáculos escénicos con un poco de moral siquiera. Falta, hace, en efecto, esta saludable condimento en la escena; pero más apremiante es en la vida íntima y social adicionada con una buena dosis de sentido común.

El teatro, y no puede menos de ser así, un reflejo de los sentimientos, de las ideas, de las costumbres que dominan en la época y en la sociedad en que se inspira. Es el espejo que no tiene la culpa de la fealdad del rostro que se pone delante de él. Así es que hay que empezar por el principio en esto como en todo; y me parece, aunque lo signa, que los nobilísimos deseos de la buena señora que se cartea con los empresarios, tendrán que refugiarse con la moral y el sentido común en el reducido y misterioso espacio, donde se agitan las abstracciones.

¡Si al menos brillara el arte en el templo de Talía! Hay que esperar que esto suceda en el teatro de la Princesa, donde ha inaugurado sus funciones la compañía que dirigen María Tubau, una verdadera artista, y su marido Ceferino Palencia; un autor cómico de los de buena ley.

El repertorio modernísimo de la Tubau es en su mayor parte el que ha apañado el público elegante de Madrid a actores franceses e italianos. Constituye este repertorio las últimas creaciones del género dramático. Veremos si en la lengua de Cervantes producen el mismo efecto que la da Moliere y Goldoni. Por de pronto las familias más distinguidas se han abonado, y todo hace creer que la campaña del teatro de la Princesa será brillante.